

Ignacio de Loyola en el inicio del Nuevo Milenio

Diego Martínez Martínez, S.J.

- ...El deseo de construir un nuevo mundo se ha ido intensificando a medida que la humanidad avanza hacia el final del milenio. Dicho deseo sólo podrá concretizarse a través de la reafirmación del lado espiritual (de la dimensión espiritual) de la naturaleza humana... (Megatendencias para los años noventa. John Naisbitt y Patricia Aburdene).

FRECUENTEMENTE REDUCIMOS la dimensión espiritual a la religión: sin darnos cuenta encerramos al espíritu en los ritos religiosos, las lecturas, las prácticas de piedad, la recepción de los sacramentos, o en las actitudes proselitistas. Tendemos a restringir la espiritualidad al ámbito de lo religioso porque así lo hemos aprendido como parte de nuestra cultura. Pero no hay que olvidar que la verdadera y sana espiritualidad incluye todos los aspectos de la vida humana personal y colectiva y se manifiesta en todos ellos. La dimensión espiritual humana está presente en todos los ámbitos de la vida y en todos esos ámbitos se vive, se alimenta y fortalece, o se debilita, aunque no siempre seamos conscientes de ello.

En el número 10 del Decreto 2: "Servidores de la misión de Cristo", la CG 34 de la Compañía de Jesús, cita las palabras de Juan Pablo II —en Sollicitudo Rei Socialis 36-38— cuando habla de las arrolladoras "estructuras de pecado", caracterizadas precisamente por el "afán de ganancia y la sed de poder" en todas las culturas". Y dice:

Como la vida del espíritu es inseparable de las relaciones sociales, hace un llamamiento a creyentes y no creyentes para que se hagan conscientes de la "urgente necesidad de un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones de cada individuo consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas incluso con las más lejanas, y con la naturaleza".

Y agrega el Decreto en el número 12: *"Esta fe en Dios es inevitablemente social en sus consecuencias, pues mira a las relaciones sociales de las personas entre sí y al orden de la sociedad". Hoy presenciamos la desintegración social y moral de muchas partes del mundo. Cuando una sociedad no tiene base moral y espiritual, se generan conflictos ideológicos y odios que provocan la violencia nacionalista, racial, económica y sexual. Todo eso multiplica los abusos que ceban resentimiento y conflicto y lleva a fundamentalismos agresivos que pueden desgarrar la urdimbre social desde dentro. La sociedad entonces se convierte en fácil presa de los poderosos y los manipuladores, los demagogos y los mentirosos; se convierte en mercado de corrupción social y moral. (CG 34, Decreto 2, n. 12).*

Dice también Václav Havel (1996, p. 59) "La principal tarea de la actual generación de políticos no es, creo yo, congraciarse con el público a través de las decisiones que toman [...] No es ganar elecciones [...] Su rol es totalmente distinto: asumir su parte de responsabilidad por las perspectivas de largo plazo de nuestro mundo [...] Su responsabilidad consiste en ver más allá, sin temerle a la posibilidad de no contar con el favor de la gente; *imbuir sus acciones de una dimensión espiritual* (que por supuesto no es lo mismo que acudir con toda la ostentación posible a los servicios religiosos)...".

Nuestro mundo actual ha sido caracterizado por algunos como un mundo sin rumbo. Estamos viviendo la más severa y rápida ruptura cultural de que se tenga memoria en el conjunto de la historia humana. Vivimos un momento de grandes convulsiones. Estamos cambiando de mundo y de sociedad. Las presiones económicas, políticas y sociales están haciendo inaplazables la reformulación de la vida en el planeta.

Post-modernidad, cambio de paradigmas, un nuevo tiempo eje, etc. ¿Cambio de milenio? A cada época y a cada generación les gusta entenderse y sentirse a sí mismas como protagonistas que *ahora sí de verdad* se están enfrentando a situaciones totalmente inéditas, novedosas y nunca antes vividas por nadie más. Y por supuesto, siguen existiendo tercamente quienes dicen que nada nuevo hay nunca bajo el sol (Eclesiastés 1, 9). Pero, como dice Andrés Torres Queiruga, (1995, p. 8): "Sería tópico insistir una vez más en la radicalidad y profundidad del cambio cultural que, iniciado en

el Renacimiento, florece en la Ilustración y abre la Edad Moderna [...] Cambio tan profundo que, en realidad, nos mantiene todavía hoy dentro de su radio; de modo que hablar de *post modernidad* sólo aparece justificado cuando tomamos esta denominación, no como el fin de la modernidad, sino, más modestamente, como un episodio dentro de ella, aunque, con toda seguridad, muy importante...”

Cambio cultural y nuevo milenio

Con optimismo lúcido, transparente y poético, Juan Velasco (1998, p. 9-10) explica en una hipótesis su versión acerca del cambio actual en lo religioso. Enumero los principales elementos de su reflexión:

1. La necesidad de trascendencia que habita al género humano está generando paulatinamente la posibilidad de nuevas formas de encarnación de la religión en un momento de la historia que registra un profundo cambio de época, y obliga a buscar esas nuevas formas y dejar antiguas.
2. El proceso de cambio de que se trata, abarca todo, incluso lo religioso. Y se puede caracterizar como una transformación muy radical, muy profunda y se da a escala de toda la humanidad.
3. Utiliza el concepto de tiempo eje, de K. Jaspers, para designar ese período de la historia en que, con la evolución de la conciencia humana, se dieron por primera vez las condiciones que permitieron el nacimiento de las grandes religiones universales. Con ello subraya la radicalidad, profundidad y extensión del proceso de transformación que nos encontramos viviendo hoy.
4. Dice que esta transformación, en lo religioso, se caracteriza por el hecho de que la forma en que llegó a cristalizar la religión, a lo largo de un proceso de siglos que se inició en el llamado *tiempo eje*, (forma que abarca creencias, prácticas, símbolos, prácticas rituales, normas y comportamiento ético, escalas de valoración, sentimientos, emociones, etc.), se está demostrando en la actualidad.
5. Así pues, todos los elementos de la configuración religiosa están siendo afectados por este proceso de transformación: prácticas, instituciones, creencias, actitudes, formas de vivir la experiencia religiosa, etc.

Un mundo todavía roto por el pecado y la crueldad...

Por otro lado, no podemos cerrar los ojos a la realidad de un mundo todavía no “salvado”; “... todavía caracterizado por la crueldad y

la maldad” (CG 34 Decreto 2, n 4). “Un mundo todavía roto por sus pecados... los enigmas del pecado y de la muerte forman todavía parte de la realidad del mundo...”. Y nos encontramos llamados a “ayudar a los hombres y mujeres a desprenderse de la imagen deformada y confusa que tienen de sí mismos para descubrirse, a la luz de Dios, totalmente semejantes a Cristo” (n. 6). “El pecado del mundo, que Cristo vino a sanar, alcanza en nuestro tiempo el culmen de su intensidad en las estructuras sociales que excluyen a los pobres (la inmensa mayoría de la población mundial) de la participación en los beneficios de la creación. Vemos que la pobreza opresiva genera una violencia sistemática contra la dignidad de hombres, mujeres, niños y nonatos que no puede tolerarse en el Reino querido por Dios...” (n. 9).

Y hay que reconocer que todo hombre vive como en tierra extranjera. San Ignacio sugiere: “...considerar mi ánima encarcerada en este cuerpo corruptible, y todo el compósito en este valle, como desterrado, entre brutos animales...” [EE 47].

Para subrayar que su propia realidad se le escapa al ser humano mientras no se ha arraigado en Dios y no está en comunión con Él: Las religiones y las ideologías del hombre, productos de su cultura también, no le permiten traspasar los límites de un mundo que hizo a su medida y se le convierte en cárcel.

Junto con este panorama de cambio, de pecado, de profundo desajuste —injusticia— encontramos en nuestro mundo cotidiano las tendencias milenaristas y apocalípticas que presentan escenarios amenazadores y catastrofistas de fin de siglo, de fin de mundo, y se entretajan con los Nuevos Movimientos Religiosos y con el resurgimiento incontenible de tantas manifestaciones de esa fuerza espiritual que vivifica a la humanidad en el presente y pugna por encontrar nuevos cauces de encarnación y expresión.

¿Torre de Babel? ¿Expulsión del Paraíso? La experiencia de la propia dignidad en la contingencia y el desamparo

Hoy se proclama el final de las utopías y de las grandes certezas, esas grandes construcciones ideológicas legitimadoras, justificadoras, que también han servido para adormecer y proporcionarle tranquilidad al ser humano —a quien no le gusta sentir la fragilidad de su propia contingencia, ni le agrada llegar a tomar conciencia de ella—.

Tiempo de escenarios caídos, de desilusión y de despertar. Sólo le queda al ser humano la fragilidad de experimentarse y reconocerse en la desnudez de su dignidad —esa dignidad ante la que el Dios omnipotente queda estupefacto y deslumbrado— (Juan Pablo II en *Redemptor Hominis* n. 10). Está abierta para el hombre y la mujer, ahora especialmente, la posibilidad de experimentarse como *dejados a sus propias fuerzas*. Hoy, la persona se puede sentir más desamparada, más frágil y vulnerable, y por todo ello, con más posibilidades de reconocer su condición contingente, relativa y efímera. Es momento de sentirse enfrentado, sin analgésicos ni justificaciones tranquilizadoras, a lo relativo, efímero, imperfecto y limitado de uno mismo, de las propias construcciones, del propio querer y desear, de los propios sueños de grandeza y de los propios esfuerzos también llenos de generosidad y esperanza. *Momento de torre de Babel o de expulsión del Paraíso*. No por el mítico castigo del dios celoso de la creatividad humana, sino porque dolorosamente se abren ahora, de manera nueva, inmensas posibilidades de transformación para que el hombre y la mujer conviertan en biografía asumida, diseñada y construida en libertad, lo que experimentan como confusión, caos, pérdida de sentido, cambio cultural.

Momento propicio para tomar distancia, examinar y preguntarse hacia dónde quieren el hombre y la mujer dirigir sus esfuerzos. En esta transición, de cuya actualidad no podemos dudar aunque existan diversas interpretaciones respecto de su profundidad y radicalidad, no vamos a amanecer un día con una forma de conciencia diferente a la de la noche anterior. Estas transformaciones toman mucho tiempo, a veces toman el tiempo de una generación, o de varias. Siguen rutas imprevistas, a veces llegan a callejones sin salida. Requieren mucho esfuerzo cuidadoso, exigen discernimiento.

Y como en toda transición, hoy se siente con más viveza cómo todo aquello a lo que uno estaba acostumbrado —su “mundo”, su “casa”—, está cambiando. Y siente uno —*padece*— el proceso como incertidumbre, desubicación y desorientación, más que como estabilidad y orden. Hay que recordar que también así se experimenta muchas veces la irrupción del Espíritu que gusta de desinstalar, movilizar, vivificar, impulsar.

Ignacio de Loyola, espiritualidad y método

¿Qué ofrece la herencia espiritual de Ignacio de Loyola, ciudadano de finales del siglo XV y primera mitad del XVI, para este tiempo incierto de cambio cultural que coincide con el inicio de un nuevo milenio?

Ignacio era un hombre libre. Gustaba y gozaba la vida. Arraigado apasionadamente a su tiempo, a su universo personal, a su "casa" del final del medioevo europeo. Ciudadano de su mundo, de un final de siglo e inicio de otro. Ciudadano de un mundo de grandes certezas que inesperadamente se encontró envuelto en un proceso de profunda transformación. Inicia la vida con supuestos y puntos de referencia firmes, claros, establecidos: por edad y lugar entre sus hermanos le toca (el supuesto "hado", o "destino", o "la voluntad de Dios" así lo fijaron. Disfraz que ocultaban los consensos y acuerdos sociales de la época) ser miembro del clero: tonsura; le toca ir a vivir en el ambiente de la Corte. Todo está estructurado, previsto, conocido de antemano, no hay sorpresas.

En el contexto histórico de Ignacio. Un mundo "solucionado": los estratos de la sociedad, los valores, las jerarquías, las prioridades personales y colectivas. Lo que uno podía —*debía*— soñar, lo que podía alimentar como expectativas, el desear posible y permitido, el lugar que le era asignado a cada uno en la sociedad. La teología, la filosofía, el saber, el vivir y el morir. Los ideales y las utopías. Era un mundo claro, ubicado. Inmutable, justificado. Repentinamente la humanidad occidental se adentra en la aventura de saborear una nueva época, con entusiasmo y empuje apasionados; con angustia, temor e incertidumbre...

Ignacio, vive su conversión precisamente en ese período en que el mundo "occidental" entra a una nueva época. De ninguna manera estaba preocupado por proponer una doctrina teológica ni una ideología. Encontró experimentalmente su propia manera de profundizar en la aventura del espíritu. Una manera de evangelizarse y crecer en la fe, de alimentar y fortalecer la dimensión interior —el espíritu— para asumir la aventura de vivir —en la historia común y concreta— su propia historia como una biografía de libertad personalizada (como una versión personal de la libertad hecha historia concreta a través de opciones,

decisiones y actitudes). Sistematiza el método y lo propone a otros. Lo central de su propuesta no consiste en el contenido doctrinal, (aunque lógicamente su texto incluye y supone una visión teológica y algunos contenidos de doctrina propios de su tiempo), sino en las indicaciones prácticas del método de ejercicio para tocar, asumir y fortalecer las estructuras profundas y la dimensión interior de la persona humana *para buscar y hallar la voluntad de Dios*. La espiritualidad ignaciana se funda *en ejercicios a hacer* (dice Jean Régis d'Alés s.j. en: Magreb y espiritualidad ignaciana: Manresa N° 269, Oct.-Dic. 1996. P. 395).

Lo personal de la experiencia espiritual

Ignacio recomienda a quien dé los Ejercicios que tenga mucho cuidado de no interferir ni influir en el contenido de la experiencia de la persona que hace los Ejercicios:

- "la persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar *debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación o meditación, discurriendo solamente por los puntos, con breve o sumaria declaración*; porque la persona que contempla, *tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y racionando por sí mismo*, y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quiere por la ración propia, quiere sea en cuanto el entendimiento es iluminado por la virtud divina, *es de más gusto y fruto espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia*; porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, más el *sentir y gustar de las cosas internamente*". [EE2].

Se trata de evitar la mera indoctrinación, o transmitir una visión ideológica, o transferir afectos o preferencias que son ajenos a la persona que se ejercita. Se busca favorecer que la persona viva su propia experiencia de fe y poco a poco vaya tomando una postura ante la vida, desde su deseo más puro y libre de temores y distorsiones — como también dice Gandhi— desde lo más profundo de sí mismo, escuchando la voz interior. Se pretende que la persona llegue a una experiencia vivida desde la verdad de su propio ser, desde su situación afectiva, desde sus puntos de referencia, sus fuerzas y límites personales... Y para garantizar esto hay que ofrecer los datos de la manera más breve y sumaria posible *...tomando el fundamento verdadero de la historia*.

El hecho de que Ignacio no tuviera como objetivo transmitir una teología o un contenido doctrinal, o un paradigma histórico “fechado”, facilita para nosotros hoy la aplicación de su método para buscar y hallar la voluntad de Dios sin caer en anclarse en posturas, supuestos, doctrinas, modos de ver y sentir propios de otra época. Y esto permite asumir la propia experiencia y construir la propia respuesta. Hace posible encontrar también el camino de evolución y crecimiento personal, y vivir la experiencia de encontrarse con la frescura y novedad del propio presente y aportar la originalidad de la propia respuesta personal..

Ignacio, pues, nos ofrece hoy un método para alimentar y fortalecer la dimensión espiritual de la persona a la luz del Evangelio. Un camino para encontrarse más profundamente con Jesucristo y su invitación, para darle una respuesta personal. Y su propuesta evita el peligro de que la persona quede anclada en un momento de la historia, asumiendo simplemente — *aprendiendo*— esquemas o contenidos que le son transmitidos. El método de Ignacio ayuda a que la persona se capacite y se disponga de la mejor manera posible a asumir el reto de enfrentar su propio presente desde su creatividad personal y desde el cimiento de la fe de la Iglesia y del Evangelio, de tal manera que pueda realizar su propia peregrinación por el camino de la historia concreta —diseñar, construir su propia biografía en libertad. Ignacio tampoco propone un contenido con la visión “*ignaciana*” del mundo, sino que invita claramente a practicar un método para llegar al Evangelio desde la propia verdad de la persona, para que desde ahí pueda transformarse y construirse a sí misma y sumarse a la aventura de construir el mundo como respuesta a la invitación de Dios —a la voluntad de Dios—.

Para buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de su vida...

Ignacio, pues, enseña un camino para convertir en biografía personal libremente asumida lo que la historia ofrece a la contingencia y el desamparo de la criatura. Para construirse y construir el mundo. Para llegar al punto en donde coincide lo que yo quiero y lo que Dios quiere, de manera que pueda uno vivir en paz y libertad.

- Dice la Biblia latinoamericana al comentar el pasaje de la torre de Babel: “Dios había dado a los hombres la misión de ocupar toda la tierra para que

diera sus frutos. Ellos, sin embargo, prefieren su seguridad antes que hacer obra creadora, y ven en el poderío un medio de satisfacer su orgullo. En vez de solucionar los problemas contrarios a la justicia y comprensión mutua que existen en cada sociedad, prefieren concentrar sus esfuerzos en la realización de obras prestigiosas. Los grandes proyectos para los que se sacrifican tranquilamente los derechos legítimos de millones de esclavos quedan inconclusos. El rencor y la opresión preparan para la generación siguiente o para el siglo que viene divisiones irreparables”.

Crear junto con Dios, preocuparse por el crecimiento y superación de las personas, por la justicia, la comunicación mutua y la comunión en un mismo espíritu, es el reto.

Creer, esperar, resurgir

Todos, más o menos, creemos en *«algo»*. Esto nos tranquiliza, pero no siempre nos compromete. La fe, según la Biblia, consiste en creer en *«Alguien»* que nos llama para entrar en una historia, a caminar hacia delante. A rehacer el camino. Sentir que Dios nos llama —colectivamente e individualmente— a salir, como los numerosos emigrantes de nuestro tiempo, a los que los cambios económicos obligan a irse de su tierra sin saber a dónde irán ni en qué parará su vida. Saber lo que Dios nos pide y descubrir que nos lo pide *para darnos aquello que hemos anhelado toda nuestra vida*.

Ir a la tierra que Él nos mostrará. Esa capacidad de resurgir es lo que más agrada a Dios —más que cualquier obra buena. En este mundo dividido y confuso, Dios escoge al que no tiene tierra propia. A los que no tienen asegurada su vida —anclada en el tener, el poder, en el adormecimiento... (las afecciones desordenadas...).

Para tomar conciencia de su vocación, es necesario que Dios lo llame a uno más allá de “su casa” y de “su país” —cosa que sabemos que siempre hace. Y que uno escuche y acepte salir de ese círculo fatal —cosa que no siempre hacemos.

La fe exige una ruptura. Obliga a mirar para adelante sin entretenerse en añorar la pérdida del calor y la comodidad del seno materno. El ser humano crece superando las “crisis” de su vida. La fe ayuda a ver con optimismo realista estas rupturas y nos sirve de apoyo para enfrentar otras rupturas más dolorosas con las que nos podemos

poner más enteramente al servicio de Dios: la fe es también un buen medio para que la persona humana llegue a su madurez.

A diferencia del hombre "terrenal", que construye su vida según los criterios de la sabiduría humana y cree saber a dónde va, el creyente busca los signos de Dios para ver a dónde quiere Dios que dirija sus pasos. Siempre será un peregrino, en busca de otra justicia —ajustar su vida— y de otra perfección —plenitud— que no es puramente humana ni queda encerrada en los límites de lo puramente humano. (Mt 5,20; Lc 12,32; Heb 11,13).

Para esta aventura de adentrarnos en el nuevo mundo que surge hoy de las opciones y decisiones del ser humano, ayuda aquel ciudadano de aquel mundo que comenzaba a surgir en el siglo XVI: Ignacio de Loyola.

[Tomado de «Revista de Espiritualidad», MEXICO, 58
(Septiembre-Noviembre 1999), pp. 28-35]